

*Formada Rayon*

ELOGIO FUNEBRE

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE

EL PAPA PIO IX

PRONUNCIADO

POR EL OBISPO DE TAMAULIPAS

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE TAMPICO, EL DIA 8 DE MARZO DE 1878,  
TRIGÉSIMO DE LA MUERTE DE SU SANTIDAD.



MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, N. I.

—  
1878

X1373

3

*Del archivo del M. P. y N.º Cabildo*

354

346

BX1373

I3

5-54



1080015709



# ELOGIO FUNEBRE

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE

# EL PAPA PIO IX

PRONUNCIADO

POR EL OBISPO DE TAMAULIPAS

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
CELEBRADAS EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE TAMPICO, EL DIA 8 DE MARZO DE 1878,  
TRIGESIMO DE LA MUERTE DE SU SANTIDAD.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, N. 1.

1878

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Instituto de Investigaciones y Estudios

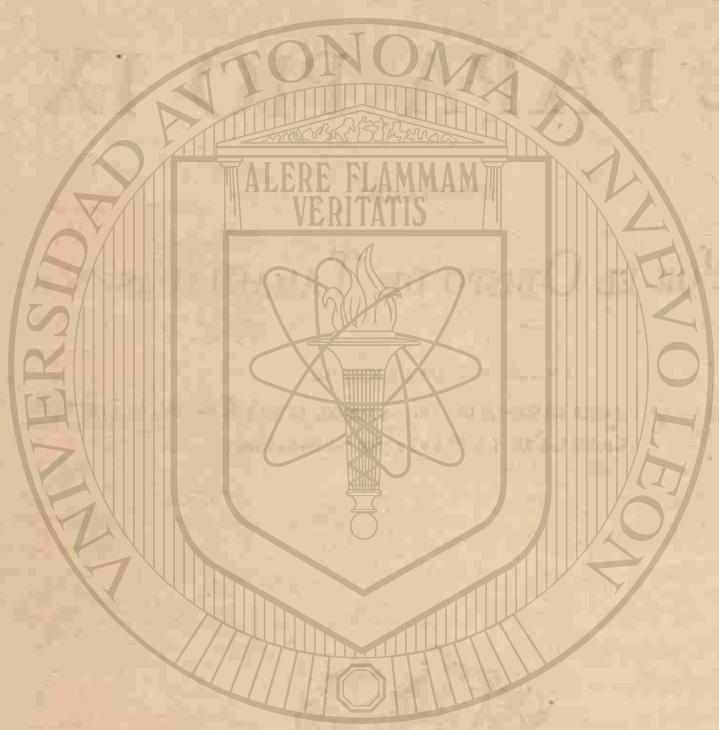
Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

39946



V  
922  
P

BX1373  
I3



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

ERIT ENIM MAGNUS.  
HA DE SER GRANDE.  
*Luc. I, 15.*

---

**Y**A no hay duda, Hijos míos. Por más que pongamos en cuestión la autenticidad de la triste noticia; por más que desconfiemos de la veracidad del alambre telegráfico; por habituados que estemos á ver desmentidas mañana, las nuevas que hoy se nos transmiten de allende los mares, nuestra desgracia es cierta, nuestro luto seguro, nuestra orfandad inevitable. Pio IX ha muerto. La cabeza de la Iglesia á que pertenecemos, nuestro Padre y favorecedor especial ha desaparecido para siempre. Esa figura gigantesca que por tantos años nos habíamos acostumbrado á mirar sobre el solio de San Pedro, ya no nos sostendrá con sus palabras; ya no nos estimulará con su ejemplo; ya no nos animará con su fortaleza. El Pontífice augusto que erigió nuestra diócesi de Tamaulipas, que os proveyó de Pastor y consagró á vuestro primer prelado, ha pagado á la naturaleza el imprescindible tributo.

Ménos hieren las flechas, cuando las vemos venir con tiempo sobre nosotros, dice San Gregorio; *minus jacula feriunt que providentur*; pero hay desdichas que mientras más previstas más abrumán; mientras más esperadas más afligen; mientras más diferidas más anonadan. Tal sucede, Hijos míos, con el golpe que la Providencia Divina acaba de mandarnos. Hace largos años que la muerte de Pio IX era el tema ordinario de las conversaciones entre amigos y enemigos; cada bendición temíamos fuese la última; cada palabra la postrera; cada vez que besába-

002554

mos su planta, creíamos no volver á gozar de igual felicidad. Y sin embargo, Pio IX vivía; Pio IX reinaba; Pio IX con su vida milagrosamente prolongada, burlaba las infandas esperanzas de los enemigos de la Iglesia. Pero ya llegó también para el Vicario de Cristo la hora que presto ó tarde tiene que sonar para todo mortal, y de que no quiso eximirse ni el Hijo de Dios. Llorémos, Católicos, sobre esa tumba gloriosa. Depositemos nuestras flores en el sepulcro de ese hombre verdaderamente grande: grande como rey, grande como Pontífice, grande como santo. Si ha habido alguno de los descendientes de Adán, á que pueda con justicia llamarse, como la Escritura apellida al Bautista, grande por excelencia, *erit enim magnus*, este hombre es sin duda el glorioso Pontífice que acaba de desaparecer. Cualquiera otro elogio sería rebajarlo; cualesquiera otras palabras nada añadirían á su gloria; por más que hojease los filósofos antiguos y los Padres de la Iglesia, por más que buscarse textos en las Sagradas Escrituras, nada podría hallar que os diera más cabal idea de su grandeza.

Grande fué Pio IX antes de la exaltacion al sacerdocio; grande cuando recibió la imposición de las manos. Grande se mostró bajo la mitra episcopal, y grande con la púrpura cardenalicia. Grande fué al aceptar la triple diadema del Supremo Pontificado; grande entre las aclamaciones del pueblo, y entre la mofa de los ingratos que tan mal pagaron sus beneficios. Grande fué perdonando, y grande sosteniendo los derechos de la Iglesia. Grande fué al añadir una nueva corona á la Madre de Dios, y grande al definir en pleno Concilio las prerogativas pontificias. Grande lo contemplamos en sus triunfos y progresos; grande en su bien conducida retirada; en su gloriosa derrota; en su larga prision. Grande fué en su vida, grande en su muerte; grande es sin duda en el trono de gloria á que el Señor lo ha conducido. Pueblos de la tierra, generaciones todas, rodead esa tumba, y decid si habeis contemplado jamás tanta grandeza.

Yo, Señores, deslumbrado con tanto brillo, embargada mi mente con la pena, sobrecogido de temor ante un espectáculo nuevo en mi vida, el dolor, el estupor, la admiración anudan mi lengua, y no puedo más que repetir maquinalmente, las palabras del Ecco.: Ved ahí, ved ahí al sacerdote grande. Católicos ó heterodoxos, cristianos ó infieles, adictos al Pontificado ó enemigos de la Iglesia de Cristo, mirad ahí al varon intachable, amigo de Dios y de los hombres, que fué agradable á Jehová en los largos dias que peregrinó sobre la tierra. Mirad, mirad al

sacerdote insigne en quien nadie pudo hallar jamás la menor mancha, que á los ojos del Señor fué justo y á los del mundo santo y glorioso. Ved, ved ahí al sacerdote grande, *ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus*.

En verdad, Señores, que no voy á tejer su elogio, ni á trazar la historia de su Pontificado. Si tal fuere mi misión, preferiría guardar silencio por ahora, y esperar á que de otras comarcas lleguen las elocuentes palabras que ilustres varones pronunciarán en loor de Pio IX, para repetirnoslas despues, como eco humilde.

Pero el primer Pastor de Tamaulipas tiene una deuda muy especial hácia el Pontífice que acaba de exhalar el último suspiro. Como católico, he venido en medio de mi pueblo á deshojar flores sobre su tumba y á ofrecer por su alma bendita el incienso de mis tibias oraciones. Como Obispo, os he convocado á asistir al solemne sacrificio en que mis manos han inmolado, en honra y sufragio suyo, al Cordero inmaculado. Pero como consagrado por sus augustas manos, como favorecido por Pio IX, algo más le debo, y sería un ingrato si en este día tristísimo me contentase con tributarle un homenaje ordinario. En su régia antecámara, en su ejército, en su dorado calabozo, de cerca lo ví, de cerca lo traté, y me colmó de beneficios su soberana munificencia. A mi Gefe, pues, á mi Soberano, mi Amo, mi Bienhechor y mi Padre, os convido á llorar y admirar. Quédese para otros el compilar la crónica de su larguísimo reinado; el escribir la historia del Concilio por él convocado, el enumerar los concordatos hechos por su orden, los monumentos debidos á su régia liberalidad, los establecimientos por él fundados. A otros toca hacer resaltar la sabiduría de su política, la prudencia de sus concesiones, la oportunidad de su resistencia; otros en fin, santos como él, podrán (permitidme esta reminiscencia de Santo Tomás) podrán encarecer las virtudes del Santo que ha sido trasladado á los cielos. Mi tarea es más humilde, más fácil, más sencilla. Se reduce á dejar al corazón llagado exhalar libremente sus gemidos, y á recordaros, á más de algunas fechas importantes, unos cuantos sucesos de los más prominentes, presenciados no pocos por quien hoy os invita á mezclar vuestro llanto con sus lágrimas de gratitud.



**G**RA la primavera de 1792. Las brisas del Adriático, mecían en la pintoresca Sinigaglia, la noble cuna de un infante, que al mismo tiempo que las rosas de Mayo, alegraba la ya fecunda union de Gerónimo Mastai y su esposa Catarina Solazzi. Oriunda de Lombardía, hacia tiempo que la ilustre familia se hallaba establecida en los Estados Pontificios, y más de un siglo que el título de Conde se había conferido á sus primogénitos por el Duque reinante de Parma y Plasencia. El apellido Ferretti se había añadido al de Mastai, en consecuencia de una alianza con una rica heredera de este nombre, y en el escudo de armas de Pío IX, nos hemos acostumbrado á ver unidos al leon del segundo, las barras correspondientes al primero.

Aquel niño destinado á una vida casi tan larga como la del Apóstol predilecto de Jesus, á llevar cual éste, sin morir, la corona del mártir, y á cuidar como él de la honra de la Virgen Santísima; aquel niño, de quien ya desde entónces podía decirse como del Bautista: este pequeño será grande delante del Señor, porque la mano de Dios está con él: *hic puer magnus coram Domino, nam et manus ejus cum ipso est*; aquel niño tres veces privilegiado, al recibir en la sagrada fuente, juntamente con el nombre de María, el del Precursor y el del Evangelista, fué puesto bajo el amparo de tan esclarecidos protectores. El nombre del glorioso Príncipe del Colegio Apostólico á quien estaba destinado á suceder un día, y el del Santo agricultor español, le fueron añadidos por su piadoso tío y padrino el Canónigo Mastai, quien al regenerarlo en las aguas del bautismo el día siguiente á su nacimiento, lo llamó JUAN MARÍA, JUAN BAUTISTA, PEDRO ISIDRO.

Apénas nacido, resonaron en la vecina Francia, aquellos gritos báquicos que inauguraban una era de sangre y de horrores, de trastornos radicales y cambio total en principios, en ideas, en la vida social,

religiosa y política del Orbe entero. No era aquel el siglo de la electricidad ni del vapor; pero en alas de la fama llegaron las infaustas noticias á perturbar la paz de los apartados moradores de las riberas del Adriático. ¿Penetraron las nuevas ideas en la familia Mastai-Ferretti, como más tarde se le echó en cara, ó fueron por ella miradas con horror y rechazadas de su seno? Los hechos, Señores, hablan más alto que las conjeturas, y sabemos que el padre del futuro Pontífice, gonfalonero de su ciudad natal, en tiempo de la ocupacion Francesa se mantuvo fiel á su soberano; y aunque templada con aquella suave prudencia y contemporizacion que legó en herencia á su augusta prole, desplegó gran firmeza ante el invasor. Sabemos que uno de los hermanos del Conde, padeció dura prision por haberse rehusado á reconocer la autoridad del gefe Francés, y que toda la familia Mastai sufrió grandes vicisitudes á consecuencia de su patriotismo y lealtad. Vemos igualmente al niño Juan Mastai en aquella época de entusiasmo marcial y de furor revolucionario, enviado á la temprana edad de once años, no á un colegio militar ni á una escuela náutica, sino al seminario Eclesiástico dirigido en Volterra por los Religiosos que fundara San José de Calasanz.

Pero en vano te afanas, tierno niño, en seguir una senda por que Dios no parece llamarte. Esos violentos ataques epilépticos, que empiezan á afligirte á la edad de diez y seis años, te hacen inútil para el sacerdocio. Es verdad que un año despues te confiere la tonsura el venerable Prelado de Volterra, Monseñor Incontri; pero es debido á su amistad con tu piadosa Madre, y las sagradas órdenes te serán negadas por él y por todos. Marcha, marcha á Roma, á proseguir tus estudios eclesiásticos; todo será en vano, allí recibirás nuevas pruebas de que no te llama el Señor al santuario.

En efecto, Señores, en 1810 invadieron los Franceses á Roma, y el enfermizo Abate Mastai se vió obligado á volver al seno de su familia, y á abandonar carrera y estudios. En breve tiempo todo cambió en Europa y en la Península Italiana; y el jóven tonsurado recibió solemne intimacion de presentarse, no ante su obispo á recibir las órdenes sino ante el Virey de Italia, á formar parte de su guardia de honor. ¡Bendita epilepsia! Ésta impidió al seminarista desenvainar la espada, y preservó á la Iglesia un gran pontífice. La providencia abatió al Coloso, restableció en su trono al Vicario de Cristo, y en 1814 el jóven Mastai presenciaba en Roma la entrada triunfal del augusto Pío VII,

de vuelta de su inícuo cautiverio. Los nombres del Abate Graziosi, del Canónigo Storage, de Monseñor Caprano, quedarán consignados en la historia, más todavía que por su saber como teólogos y jurisconsultos, por haber formado como profesores y amigos al futuro jefe de la cristiandad. El Venerable Siervo de Dios, Vicente María Strambi, Obispo de Macerata, contará entre sus méritos el haber guiado los primeros pasos del que fué más tarde Pio IX, por la senda del evangelista y del misionero. Los habitantes de la provincia de Sinigaglia conservaron por mucho tiempo la memoria del celo, sencilla elocuencia y fervor apostólico del menorista Mastai, que acompañó á aquel Prelado en sus *tareas, en las misiones que á tantos convirtieron, hácia mediados de 1818*. Contaba ya veintiseis años, y su salud algun tanto mejorada, le permitió recibir el subdiaconado en Diciembre de 1818, y en Marzo de 1819 el orden jerárquico del diaconado.

Veis, Señores, que desde la aurora de su vida se consagró voluntariamente al Señor; que no hay en la historia de su juventud, ni descarríos ni devaneos, que desde muy temprano dió su nombre á la milicia de Cristo, de buena voluntad y áun ántes que sus tiernas manos pudiesen sostener el sable que jamás empuñó. Veis que desde su infancia se acostumbró á los combates y á las luchas, y en tan dura escuela fué adquiriendo su alma ese temple de acero, de que dió muestras hasta sus últimos instantes. No todos quizá comprenderéis cuánta constancia, cuánta fortaleza, cuánta grandeza se necesitan para continuar una carrera literaria cuando todo nos induce á cortarla; para obstinarse en penetrar en el santuario cuando los hombres, y á veces áun Dios mismo parecen repelernos; para escuchar la voz del Señor que interiormente nos señala un camino, y exteriormente parece indicarnos otro totalmente contrario. Cuando la salud falta sobre todo, cuando el cuerpo está débil, si el alma no es muy grande, ella tambien se doblega, y se rinde. El jóven Mastai-Ferretti triunfó con su constancia de todos los obstáculos, y vencedor áun de la terrible epilepsia, fué por fin ordenado sacerdote el sábado de gloria de 1819, por Monseñor Caprano, arzobispo de Icomio, en la capilla de la habitacion que el Prelado ocupaba en Roma, en el espléndido palacio de los Dórias.



## II

Hay en Roma una Iglesia, que no figura por cierto en primera línea, entre las trescientas que se elevan en la Ciudad Santa. Ni todos los viajeros la visitan, ni se halla su descripción en todas las guías de forasteros: está dedicada á la Madre de la Virgen Santísima, y se designa con el nombre de Santa Ana de los Carpinteros. Este pequeño templo, célebre hoy en el orbe entero, se hallaba decorado suntuosamente el día de Pascua de 1819. Por primera vez el Abate Mastai, recién ordenado Presbítero, celebraba el santo sacrificio: habia obtenido, al recibir las últimas órdenes, las licencias necesarias para ejercer el santo ministerio; aunque á condicion de ser siempre asistido de otro sacerdote, por temor de nuevos ataques epilépticos.

Los niños del vecino hospicio formaban devota corona en derredor del nuevo presbítero, de cuyos labios estaban acostumbrados á oír continuas pláticas espirituales. La compañía de estos desvalidos era su delicia, áun ántes de su ascenso al sacerdocio, y nombrado director del establecimiento por el Papa Pio VII, dejó allí indeleble memoria de su caridad y de su celo, de su dulzura y de su firmeza, de sus virtudes y santidad.

Parece que Roma, tan abundante en Eclesiásticos y en religiosos, ne institutos de piedad y en prácticas devotas, presentará un campo bien estrecho para el sacerdote sin cura de almas que quiera ejercitar su celo apostólico. Y no es así, Señores. Un jardín, miéntras más cultivado, mayor necesidad tiene del cuidado del jardinero. Las florecillas que en medio de un inculto campo no llaman la atención si crecen con poca simetría, ó tienen sus pétalos algun tanto manchados, en el pensil de noble quinta nos parecen defectuosas si el viento las doblega, si el polvo empaña el brillo de sus hojas. Así es que de continuo las observamos, y áun sin tener encargo especial, nos acercamos á regarlas, á enderezarlas, á limpiarlas. Así acaece en la Ciudad Eterna con las flores de piedad y de religion; y el celo del Sacerdote Mastai-Ferretti, nom-

brado casi al tiempo de su ordenacion, Canónigo de la Basílica menor de Santa María in Via Lata, encontró donde ejercitarse, y no permaneció por cierto inútil.

Presto fué llamado á mayores tareas. Escuchad, Señores, que esta parte de su vida muy directamente nos toca.

Era el año de 1823. Las inmensas posesiones de España en este lado del Atlántico, despues de luchas más ó ménos largas y sangrientas, se habian emancipado de la antigua metrópoli. Una multitud de repúblicas habian nacido en la América del Sud, que formadas por manos inexpertas, gobernadas por hombres no acostumbrados al mando, resentidas de los trastornos sufridos, y que ¡ay! tenian que continuar por largos años, formaban entidades de carácter confuso, indeterminado, indistinto, en lo social, en lo político, en lo religioso. Ni reconocia su independencia la Madre patria, ni tenia modo de sujetarlas. Ni rompian ellas del todo con las antiguas tradiciones, ni adoptaban en su totalidad un nuevo sistema. Se jactaban de ser católicos ántes que todo, y, sin embargo, reducian á la práctica teorías disolventes poco en armonía con los principios de la Iglesia. La mayor parte de las diócesis estaban vacantes; la disciplina del clero mucho habia sufrido en las recientes guerras; el pueblo se iba resintiendo cada día más de la falta de pastores. Por otra parte, los nuevos gobernantes, al par que negaban todo derecho divino y clamaban contra las prerogativas de los reyes, se arrogaban los antiguos derechos de los monarcas españoles, y pretendian ejercer en el santuario una influencia indebida.

Era indispensable atender á esta parte tan numerosa cuanto lejana del Rebaño universal confiado á Pedro; y si bien los vínculos diplomáticos que ligaban al Soberano temporal de Roma con el Rey de España, impedían al primero tener relaciones oficiales, con los que el segundo consideraba Estados rebeldes, el soberano espiritual del universo no podia prescindir del deber y derecho de apacentar á todas sus ovejas. A tratar, pues, si posible fuere, con los gobiernos que, aunque republicanos, se pregonaban en el sud del Continente Americano católicos; á atender de cualquier modo que fuese á aquella porcion de la grey, poniéndose en contacto con el pueblo, si no se podia con los gobernantes, envió el Papa Pio VII, como delegado suyo, á Monseñor Muzi, y en calidad de auditor le acompañó el Canónigo Juan Mastai-Ferretti.

No era entonces una travesía del Océano, lo que es en esta época de adelantos materiales: un viaje de recreo, de corta duracion y com-

parativa seguridad. Era preciso cruzar la inmensidad de los mares en frágiles carabelas, atenuadas al soplo siempre incierto de mudables vientos, expuestas no solo á las borrascas, sino á los asaltos de piratas, que ya descaradamente, ya cubiertos con pabellon de beligerantes, surcaban las aguas en todas direcciones en busca de botin. A todos estos riesgos, y á otras mil aventuras, se vió expuesta y sujeta la Delegacion Pontificia, que habiéndose hecho á la vela del puerto de Génova en el tempestuoso Octubre de 1823, arribó á principios de Enero del año subsiguiente á la remota Monte Video.

Casi contaba ya treinta y dos años el auditor Mastai; ¿cómo es que siendo de noble alcurnia, de relevantes prendas y conocido del Pontífice no lo vemos figurar á la cabeza de esa misma mision ú otra parecida? ¿Cómo acepta y se contenta con un puesto, honroso sí pero subalterno, y que quizás otro de su linaje y carrera habria desdeñado? ¡Ah Señores! Bendigamos á la Providencia, los que respiramos el aire de la América Española. Si adornado de la Mitra episcopal, y teniendo que guardar toda la reserva y etiqueta de Delegado Apostólico, hubiera visitado Pio IX nuestro Continente, de poco le habria servido su largo viaje para el gobierno de la Iglesia. Pero en la posicion en que vino, estuvo en íntimo contacto con el Clero y el Pueblo, con los personajes más distinguidos y con los más humildes igualmente. En su larga residencia en Santiago de Chile, en los meses que permaneció en Monte Video y en Buenos Aires, durante las penosas y largas jornadas á través de las *Pampas*, aún más desiertas que ahora, y de la Cordillera de los Andes, que solo cortaban entonces senderos poco practicables, aprendió perfectamente nuestro idioma castellano; conoció á fondo nuestras costumbres hispano-americanas; estudió nuestro porvenir. Así es que, aunque el objeto especial de la mision que mandara Pio VII, no se cumpliera, merced á la extrañeza del Gobierno de Chile, el oculto designio de la Providencia al enviar hasta la remotísima Patagonia á quien destinaba para gobernar la Iglesia Universal, tuvo su pleno cumplimiento. Testigos somos, Señores, los que hemos experimentado el tacto especialísimo del Pontífice que lamentamos, en el régimen de la Iglesia Americana.

Quien ha visto al primer Enviado de la Santa Sede á nuestra México, salir desterrado por uno de nuestros muchos gobiernos; quien ha visto al Nuncio que posteriormente arribó á nuestras playas, vilipendiado por el mismo Emperador que con urgencia lo llamara; quien sabe que



igual suerte ha cabido en Colombia y alguna otra República á inter-nuncios y Delegados; quien ha visto desgarrados los concordatos del Ecuador y Guatemala, y ha oído lamentarse en tiempos no lejanos á muchos de los que han venido al Nuevo Mundo con misiones del Supremo Jerarca, no extrañará por cierto, que Monseñor Muzi, con su auditor, se embarcaran de nuevo en Monte Video en Febrero de 1825, y que al llegar á Roma el mes de Junio, rindieran al nuevo Pontífice Leon XII, cuentas poco lisonjeras de las recién formadas Repúblicas.

Admitido en la Prelatura Romana, Monseñor Mastai-Ferretti, se le confía la dirección del grande Hospicio de San Miguel; y allí quizá, en medio de tantos jóvenes destinados á ser artistas, se perfeccionó el gusto por las Bellas Artes, de que nos ha dejado huellas indelebles en los monumentos erigidos durante su reinado; gusto, por otra parte, innato en Pio IX, como en todo el que abre los ojos bajo el bello cielo de Italia.

### III

Era ya tiempo que se abriese un campo más vasto á aquel cuyo teatro habian de ser el Universo y la Historia. En Febrero de 1827 la Ciudad de Spoleto quedó viuda de su pastor, el distinguido Monseñor Mario Ancajani; y en el Consistorio de Mayo del mismo año, Monseñor Mastai Ferretti, fué preconizado Arzobispo de la ilustre Ciudad.

¿Quién no conoce en Roma la Basílica de San Pedro in Vinculis? Edificada por la Emperatriz Eudoxia para guardar unas cadenas, que como dice un escritor contemporáneo, "simbolizan, con ser cadenas de hierro la verdadera libertad del mundo", el artista contempla extasiado bajo sus bóvedas la obra maestra de la escultura cristiana, el Moisés de Miguel-Angel; el Católico adora los hierros que en Jerusalem primero, y despues en la prision Mamertina, sujetaron al Apóstol San Pedro, y que un milagro unió en la forma que aún hoy dia sorprende al viajero. Bajo sus bóvedas fué electo Pontífice el grande Hildebrando, aquel Gregorio VII, que víctima de la tiranía, acabó sus dias en destierro glorioso. En ese recinto resonó la voz de San Leon Magno, el vencedor de Atila; ese pavimento sostiene el mausoleo (aunque vacío) del valeroso Julio II, que al frente de su ejército defendió los derechos sagrados y el territorio de la Iglesia Romana. ¿Fué coincidencia, fué presentimiento, fué augurio? Aquel que debia morir en prision como Pedro, que habia de gemir en destierro como Hildebrando, que estaba destinado á ver á un Atila, ay! no solo acercarse sino derribar los muros de Roma, y por último que, aunque sin vestir la coraza como Julio, tendria como él que levantar un ejército y enviarlo al combate; aquel sacerdote á quien tantas vicisitudes reservaba la suerte, en los ámbitos de la Basílica Eudoxiana, recibió de manos del Cardenal Castiglioni, que despues fué Pio VIII, la consagracion episcopal.

Permitid, Señores, que no me detenga á narraros las piadosas obras y fundaciones de Monseñor Mastai en Spoleto, ni en Imola, á cuya sede más tarde fué trasladado. El establecer hospicios, llevar hermanas

de San Vicente á los hospitales, y monjas del Buen Pastor á las casas de arrepentidas; el ocuparse constantemente en la predicacion y en la visita de la diócesi; el dirigir en persona los retiros espirituales del clero; corregir con mano firme los abusos y reformar la disciplina; el llevar en suma la vida irreprochable y santa, que á su discípulo ordenaba el Apóstol, formarían por sí solos el panegírico de cualquier Prelado; y no son, sin embargo, el punto culminante de la vida episcopal de Pio IX.

La Península Itálica y en especial los Estados Pontificios, se hallaban en una efervescencia terrible; las sociedades secretas se agitaban sordamente, y la tempestad se hallaba próxima á estallar. En todas partes se hacia necesaria una vigilancia sin tregua, y una severidad que rayaba en rigor. En todas partes se excluía de la sociedad á los poco adictos al Gobierno legítimo, y los que abrigaban ideas avanzadas se guardaban bien de mostrarse en los palacios de los gobernadores y Prelados. Solo bajo el techo del Arzobispo de Spoleto, hallaban todos abrigo y amistosa acogida. Allí estaban seguros de persecuciones y atropellos; allí por último, se salvaron de la muerte, merced al hospitalario Prelado muchos de los conspiradores de 1830, y entre otros, Señores, ¿recordais? aquel que en el trono de Francia fué despues perseguidor de Pio IX, y se llamó Napoleon III.

¿Arguyen esta benevolencia y mansedumbre ideas liberales en quien tan generoso se mostraba? ¿Desdecía esta conducta en un Prelado de la Iglesia? ¿Tenian razon los que disuadían á Gregorio XVI de conferirle el capelo cardenalicio, repitiéndole que en casa de Mastai hasta las paredes respiraban liberalismo? Permitid, Señores, que para una respuesta tan árdua, llame en mi auxilio á San Gregorio Magno.

“Hay muchos males, dice, que tiene que tolerar el Obispo, aún cuando los vea claramente, aún cuando los conozca, aún cuando los palpe, porque si no es el tiempo oportuno, ni se presenta una ocasion favorable, ¿de qué le sirve intentar una correccion imposible y aún perniciosa? *Nonnulla autem vel aperte cognita mature toleranda sunt, cum videlicet rerum minime oportunitas congruit, ut aperte corrigantur.* Pobre inexperto médico! de qué te servirá querer cerrar esa llaga, cuya profundidad aún no has sondeado, cuyos bordes están inflamados y no se prestan á una inmediata curacion? No tienes medicinas á propósito, tus instrumentos están enmohecidos, la enfermedad aún no hace crisis: triste de tí, si por excesiva ansiedad festinas la inoportuna curacion.

A un alivio aparente y momentáneo sobrevendrá una gravedad repentina, y se apresurará la muerte que quizás podremos dilatar. *Nam secunda immature vulnera deterius infervescunt, et nisi cum tempore medicamenta convenienti, constat procul dubio, quod medendi officium amittant.* No imites, oh Prelado, la imprudente conducta del novel cirujano. Miéntas llega el tiempo de corregir á tus súbditos, súfrellos con paciencia, tráta-los con benignidad, toma sobre tí mismo las culpas que no puedes evitar, y preséntate cargado con ellas, como víctima expiatoria al Padre de las misericordias. Así el Rey David, Pastor de Pueblos, se queja de que los pecadores han fabricado sobre sus agobiadas espaldas, ponderoso edificio de abrumadora iniquidad. No parece, sino que hablando en nombre de los futuros apóstoles de la Iglesia de Jesus, dice gráficamente: Llevo como carga sobre mis hombros, á aquellos pecadores cuyos yerros me es imposible corregir; con tan pesado fardo avanzo por el escarpado sendero que el Señor me señala, y aguardo sin inmutarme la hora oportuna de la liberacion y la justicia, que el Todopoderoso hará sonar cuando le plazca. *Sed cum tempus subditis ad correptionem queritur, sub ipso culparum pondere patientia præsulis exercetur. Unde bene per psalmistam dicitur: Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores (Ps. 128, 3). In dorso quippe onera sustinemus. Supra dorsum igitur suum fabricasse peccatores queritur, ac si aperte dicat: Quos corrigere nequeo, quasi superimpositum onus porto.* (Regulæ Pastoralis, Par. II, c. 10.)

Si, segun la política humana, fué error lo que tanto recomienda en los Obispos el Magno Gregorio, no sabria yo, Señores, definirlo. Seria preciso comparar la historia moderna de Spoleto con la de otras ciudades, cuyos gefes espirituales y temporales otra táctica siguieran, y ver en cuál cundió más y más pronto la gangrena social y religiosa. En todo caso, cuando se trata de misericordia y dulzura, todos los actos que de tales virtudes emanan nos seducen y enamoran; y no léjos de pensar de este modo parece haber estado el austero Pontífice Gregorio XVI, cuando á despecho de oposiciones, lo nombró Cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservándose *in pectore*, el 23 de Diciembre de 1839.

Conviene, Señores, que os fijéis en esta fecha, por más de un motivo importante. Notad que en 1839, Juan-Maria Mastai-Ferretti era ya personaje importantísimo; que no podia dar un paso sin ser observado por todos; que habia llegado á la más alta dignidad de la Iglesia, excepto el Sumo Pontificado; que sus deberes episcopales lo retenian en su diócesi, y que los únicos viajes emprendidos en esta época de

su vida, fueron de Spoleto á Roma, y á su nueva diócesi de Imola, á que acababa de ser trasladado el mismo año, el 17 de Diciembre. Recordad tambien, que doce meses despues, en 14 de Diciembre de 1840, fué ya proclamado Cardenal Presbítero y que habiéndole cerrado y abierto la boca segun el rito, é impuéstole el simbólico capelo, le fué asignada como título cardenalicio, la Iglesia de San Pedro y Marcellino.\*

Torna, torna á tu diócesi revestido de la mística púrpura y ligado á la Santa Sede con vínculos más estrechos que nunca. Ese vivo rojo que cubre tu cuerpo te recuerda continuamente, que has jurado defender los derechos espirituales y temporales de la Silla de Pedro, *usque ad effusionem sanguinis*, aunque fuere preciso derramar hasta la última gota de tu sangre preciosa. Presto se trocará la túnica purpúrea, por la cándida veste del Vicario de Cristo; pero tus promesas subsistirán como siempre, y habrá que unir la firmeza del soberano á la innata dulzura de tu alma.

\* Estas fechas hacen patente que el Juan Ferretti-Mastai, que por este tiempo entró en una logia masónica en PALERMO, no fué el Cardenal Mastai-Ferretti.

## IV

En efecto, Señores, el 6 de Junio de 1846, un inesperado correo de Roma, vino á sacar al cardenal obispo de Imola de sus sagradas ocupaciones. Gregorio XVI habia muerto: el cónclave iba á reunirse: como miembro del Sacro Colegio, era menester que acudiese sin demora á la eleccion del nuevo Pontífice.

¡Cuántas veces he oido hacer reminiscencias de ese célebre cónclave! Quién auguraba la tiara á este Purpurado; quién la prometia á aquel; quién la daba al antiguo secretario de Estado de Gregorio; quién á tal ó cual amigo del Austria, entónces cuasi omnipotente en Italia. Pero ninguna conjetura, ninguna probabilidad, ningun augurio favorecia á Mastai-Ferretti; y cuando la señal conocida anunció la eleccion, sin proclamar al nuevo Pontífice por la hora avanzada de la noche, á los parientes y amigos de un cardenal bien diverso se enviaron correos con erradas noticias.

*Papam habemus*: resonó el 17 de Junio en las alturas del Quirinal; *tenemos Papa*, clamaron en breve todas las ciudades de Italia y del Orbe; y ese *gran gozo* á que excitaba al mundo católico el purpurado pregonero de tan fausta noticia: *annuntio vobis gaudium magnum*, se tomó en breve en verdadero frenesí, al saber que el benévolo Cardenal Mastai Ferretti, era Pontífice supremo, y al presenciar los primeros piadosos actos de quien no sin designio escogió el nombre de Pio. Jamás soberano alguno ha tenido mayor necesidad de meditar á menudo en las palabras, que el 21 de Junio, al ser solemnemente coronado, se le dirigieron segun el rito al quemar la simbólica estopa: *sic transit gloria mundi*. De gloria iba á cubrirse el nuevo sucesor de San Pedro, desde el momento de pisar las gradas del solio; de gloria cual ninguno de los centenares de Papas-Reyes que le habian precedido; de gloria inmensa que habia de ser sucedida por desventuras tambien sin ejemplo.

¿Quién no recuerda el mágico efecto que produjo la palabra *amnistia*, pronunciada por Pio IX? Aun resuenan en los oídos de todos, los cán-

ticos de gozo que desde los Alpes hasta las playas de Sicilia resonaron en su alabanza; áun se repiten los himnos que en loor de la blanca bandera tremolada por el Vicario de Cristo se cantaban con entusiasmo en los palacios y en las chozas, en las ciudades y en los campos. Jamás conquistador Romano fue objeto de las ovaciones, que se tributaron á Pio IX, no una vez como á los Césares, sino todos los días y á todas horas. "Acuérdate que eres hombre," se repetía á los vencedores de la Antigüedad durante los honores del triunfo. Nadie lo dijo al Pontífice; pero él solo se lo decía á cada paso, al verse exaltado tan alto, y á fuerza de lisonjas impelido por una senda que ningun otro habia pisado.

"Un Papa que adopta la revolucion Francesa para hacer de ella la revolucion cristiana, y que la mezcla á la bendicion sagrada que derrama sobre Roma y sobre el Universo, *urbi et orbi*, desde el balcon del Quirinal; un Papa que hace esta obra sublime, gigantesca, no solo es un hombre, es un hecho." Estas palabras pronunciaba lleno de entusiasmo en las cámaras Francesas, un bien conocido revolucionario, en Enero de 1840. Parecia, en efecto, que Pio IX habia amalgamado los elementos más disímolos. Al lado del augusto Senado de Cardenales, tenia su asiento un parlamento. Libertad, constitucion, pidieron las masas agitadas, y constitucion y libertad les concedió el Supremo Jerarca: les desagradó el uniforme y carácter eclesiástico en los ministros y funcionarios; y seglares con bordados y charreteras se vieron en puestos que ántes ocupaban cardenales y prelados; guardia cívica quiso Roma, y se distribuyeron armas á la plebe ávida siempre de novedades. Fué Pio IX por la senda de las reformas hasta la última extremidad; pero la Revolucion se encargó de probar al Mundo, que esa amalgama que el Senador Francés juzgaba un hecho, era absolutamente irrealizable; se encargó de justificar la sentencia que, algunos lustros despues, habia de pronunciar el mismo Pio IX, condenando en el famoso Syllabus, á quien ose afirmar que: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.* ¿A qué recordaros acontecimientos que nadie ha olvidado? Los mismos que aclamaban á Pio IX, y quisieran poner sobre sus sienes la corona de Italia, y verlo al frente del ejército con que aspiraban á humillar á una nacion católica, truecan su amor en saña, dirigen contra él sus maldiciones y sus tiros, y lo obligan á salir fugitivo de la ciudad y pueblo que habia colmado de beneficios.

En la roca de Gaeta empieza una nueva era para el manso Pontífice. La época de las concesiones ha cesado; principia la lucha. Y esta guerra, notadlo, no es el Pontífice quien la declara; no es él quien la provoca. Él en todo ha cedido, á todo se ha plegado; pero se ha pretendido arrojar ignominiosamente la tiara de tu consagrada cabeza para sustituirla por el gorro frigio, y ¿cómo habia de sujetarse á tal mengua? Empieza una nueva lucha; pero creedlo, es más fácil que la que acaba de sostener. Para luchar contra ejércitos, para no ceder á tormentos, para salir triunfante de persecuciones, se necesita una alma fuerte sí, pero no de temple tan heroico como para resistir á las alabanzas y á la gloria. Detenerse en un camino sembrado de flores, cerrar los oídos á la lisonja universal, dominar al dulce enemigo de la vanagloria, esto, Señores, se ve muy rara vez en el Mundo, y esto lo hizo Pio IX al dar el primer paso en el camino de Gaeta.

Más tarde se propuso á otro Rey lo que ántes al soberano de Roma. En brazos de la adulacion se le condujo de crimen en crimen desde el pié de los Alpes hasta el palacio del Quirinal. A cada corona que le obligaban á hacer pedazos; á cada injusticia que se veía forzado á sancionar; á cada sacrilegio que lo compelian á cometer, se rehusaba, se resistia, se negaba; al fin era valiente y caballero, y su familia ha dado santos al Cielo y á la Iglesia; pero el indomable en la guerra y en la caza; el que jamás retrocedió ni ante fieras ni ante huestes contrarias, se rindió á la ambicion, se entregó encadenado á los que á fuerza de llamarlo grande, lo condujeron á robados alcázares para poner en sus tristes sienes mal forjada diadema. Ya murió, Señores. Dios lo llamó á juicio pocos dias ántes que al despojado Pontífice: no lo juzguemos hoy nosotros. Comparémos, sí, la figura de Pio IX, con la de Víctor-Manuel, y nos abismará la grandeza de aquel, venciendo á sí mismo en la época de triunfos y honores, de ovaciones y gloria.

V  
Era el 12 de Abril de 1850. La Señora de las Siete Colinas se ostentaba ricamente ataviada cual la esposa el día de las bodas, *tanquam sponsa parata viro suo*. Sus calles cubiertas de flores, sus palacios adornados de ricos tapices, sus templos y edificios prolongando el día venturoso con las brillantes iluminaciones que toda la noche duraban, proclamaban al mundo que el Pontífice Romano tornaba á su Sede, que otra vez se hallaba entre su pueblo, que ya no volvería á abandonar. Esta vez las aclamaciones que poblaban el viento, no respiraban ya el tono de la falaz demagogia; y repetidas constantemente por veinte años en este fausto aniversario, mil veces atronaron mis oídos, haciéndome testigo presencial del intenso gozo de los verdaderos Romanos, por la vuelta de su Padre y Soberano.

Hay un viejo proverbio, pasado á regla de derecho, que nos dice: que donde está el Papa, allí también se encuentra la Curia Romana: *ubi Papa ibi Roma*: y de ello dió Pio IX en Gaeta pruebas manifiestas. Olvidado de su destierro y de sus penas, desde allí expidió decretos y leyes, desde allí dirigió epístolas á los Obispos todos del Orbe Católico, consultándolos sobre un gran paso que hacia tiempo meditaba su ánimo piadosísimo. Restituido á su Residencia, ya pacífica, puede ahora realizar su intenso deseo; y seguro de que en todas las diócesis de la Cristiandad ha existido siempre la creencia de que María, Madre de Dios, exceptuada de la ley general, quedó, desde el primer instante de su concepción exenta de la culpa de origen; seguro de que en todas partes se ha considerado esta verdad como perteneciente al sagrado depósito de la Fé; seguro de que los fieles le han prestado su pleno asentimiento, aún antes de estar á ello obligados bajo pena de anatema, se resuelve á llevar á cabo su grandioso designio, declarando con toda solemnidad que es Dogma de Fé el misterio consolador.

No intentaré describiros en este día tristísimo el acto glorioso en que Pio IX, bajo las augustas bóvedas del mayor templo de la Cristian-

dad, circundado por una corona de obispos, tan numerosa y brillante como no se había visto por siglos, hizo resonar su voz infalible ante la arrodillada multitud, y honró como Pontífice á la Inmaculada Virgen que desde niño había venerado con particular devoción. Jamás se olvidará en nuestra patria el 8 de Diciembre de 1854. México, que en medio de sus extravíos ha conservado grande afecto á María, en el misterio de su concepción purísima, recuerda constantemente llena de gratitud esta declaración solemne, bastante por sí sola para inmortalizar á un Pontífice.

Era la época de paz, de consuelos y triunfos: era la dulce calma precursora de terribles tempestades. Poco ántes de declarar dogma de Fé la inmaculada Concepción de María, había restablecido Pio IX la Jerarquía Católica en la perseguidora Holanda y en la protestante Inglaterra. ¡Cómo! exclamará quizás alguno. ¿No subsiste ya la obra de Enrique VIII? ¿Se ha desplomado el edificio de Lutero? Los hechos, Señores, hablan más que los argumentos. Id, id, á los países llamados protestantes, y veréis los inmensos progresos del Catolicismo. Hijas del libre exámen las herejías del Siglo XVI, tenían que caer bajo su propio peso, y ceder de nuevo el terreno á la verdad triunfante. Ya en fines del siglo antepasado señalaba el gran Bossuet las *variaciones* del protestantismo; ya entonces mostraba que casi había tantas sectas como cabezas, y que cada día y á cada hora variaba una religión que no tenía regla segura de Fé. Otra centuria ha hecho variar tanto la mentada Reforma protestante, que ya no pueden entenderse sus sectarios, y los que no se han acogido al seno de la verdadera Iglesia, han caído en las aguas del Racionalismo, del Panteísmo, del Indiferentismo. La divinidad é inspiración de los Libros Santos, de esa única é infalible autoridad, que al principio afectaban reconocer, se niega ya ó se pone en duda por muchos de sus gefes, y aún este punto de apoyo se ha perdido en medio del naufragio. No basta para sostenerlo toda la tiranía de la anti-católica Prusia; no basta la persecución general á todo el que profesa la verdadera Fé. Los pocos restos del protestantismo que han podido salvarse, se ven precisados á acogerse á algunas de las antiguas colonias españolas, donde el pueblo, sin instrucción en materia religiosa y la clase ilustrada atenta tan solo al lucro temporal, podrán quizá recibir á los tristes desheredados, y dar motivo á que digan los extraños, con sarcasmo, que en materias religiosas, como en otras, ¡el progreso no es fruto de los países cálidos. Sí, Hijos míos; miétras aquí sin exá-

men, sin estudio, sin reflexion hay quien, retrocediendo tres siglos, se incline al ya muerto protestantismo; en Inglaterra, en Holanda, en Escocia se camina á grandes pasos á la unidad, y á Pio IX cupo la dicha de restablecer la jerarquía Católica, en las dos primeras hace cinco lustros, en la fanática patria de Juan Knox, momentos ántes de morir. Cúpole la satisfaccion de ver crecer de una manera asombrosa la poblacion católica de los Estados-Unidos de América, y de aumentar en ella en proporeion el número de pastores. Aun aquellas provincias que nos arrebataron los azares de la guerra, y por cuya suerte religiosa temblaban en México, al pasar á otras manos progresaron no solo en poblacion, industria, comercio, sino tambien en Religion; y los vastos territorios de California, Nuevo-México y Texas, en vez de ver los horrores que nosotros hemos presenciado, sienten ahora los beneficios de centenares de conventos y colegios, de templos y oratorios en ellas construidos á gran prisa, y Pio IX, en medio de la amargura que le causara el indiferentismo de la América aun española, tuvo el consuelo de erigir varios arzobispados y muchas diócesis, donde ántes vagaba apenas algun aislado misionero.

¡Cuánto cambió en Oriente la situacion de los cristianos en el reinado de Pio IX! ¡Qué gozo inefable sentimos todos al ver al augusto Pontífice consagrar con sus propias manos á un arquimandrita de Bulgaria, que á la cabeza de cuatro mil de sus correligionarios, tornaba del cisma á la Unidad Católica. . . . ! ¿Pero, á qué cansaros, Señores? Los números hablarán más claro, y os mostrarán que en el Orbe entero es grande el nombre de Pio IX. Al terminar su largo Pontificado, habia erigido treinta sedes metropolitanas, y más de ciento treinta episcopales; el número de delegaciones, prefecturas y vicariatos apostólicos pasó de cincuenta. El que grande era como sacerdote, grande era como rey. Prueba de ello, las ovaciones de que fué objeto en la visita á sus Estados en 1857, el *hosanna* que lo acogió al poner las plantas fuera de las puertas de Roma, lo acompañó sin cesar en su larga excursion, y siguió resonando con eco dulcísimo, aun durante su paso por el Gran Ducado de Toscana. Estos triunfos, Señores, los vieron mis ojos: estas aclamaciones hirieron mis oídos. Sin ser observador ni político, se comprendía la diferencia entre estos vivas y los gritos inconsiderados del 48. Salian de corazones agradecidos, contentos con el suave yugo del Papa-Rey, y respirando felicidad en sus dominios.

## VI

He recordado ¡oh gran Pio! tus triunfos: es tiempo que recuerde tus penas, tus inefables penas, comparables solo como la amargura de la hija de Sion, con la inmensidad del Océano. *Magna est velut mare contritio tua.*

Casi al mismo tiempo que del Orbe entero acudian á Roma Obispos y Doctores, para la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion, las escuadras de Inglaterra y de Francia volaban á Crimea, á contener el ímpetu del enfurecido Moscovita. Las acompañaban unos cuantos millares de soldados de un pequeño reino situado al pié de los Alpes, y que sin intereses en Oriente, sin representacion en Europa, no se comprendía qué iba á hacer á las remotas comarcas. Méenos se comprendian los repetidos elogios que á esas tropas se prodigaban á cada hecho de armas en que tomaban parte, aunque insignificante; á cada maniobra y cada movimiento, aunque fuera en una parada militar. Más incomprendible fué todavía el ver al representante del diminuto Piamonte, admitido en el Congreso de Paris, al lado de los plenipotenciarios de las naciones más poderosas, emitiendo su voto al igual de todos, y haciendo prevalecer sus extraordinarias pretensiones.

*Astiterunt Reges terra et Principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.* Ahí empezó esa liga funesta de los Reyes y Gobernantes de Europa, contra Dios y su Santa Iglesia, contra Jesucristo y su augusto Vicario. Ahí quedó decretado el despojo del Romano Pontífice, y la humillacion del Catolicismo. ¿Necesitaré recordaros la guerra poco despues declarada por el soberano de Francia contra el Gefe del Imperio Austriaco? ¿Necesitaré traerlos á la memoria que aquel, espantado de sus propias victorias, que lo exponian á más funestas consecuencias que desastres bélicos, se detuvo de repente en su camino triunfal y firmó la inesperada paz de Villafranca?

Es tarde ¡oh Napoleon! ya diste imprudente el primer paso, y en va-

no procuras detenerte en la senda resbaladiza por que te has lanzado. Tu alianza con el Piamonte formará un Reino que será ingrato contigo, como tú lo has sido con el Pontífice que intentas destronar. La unidad de Italia traerá la unidad de Alemania, y ésta destruirá tus ejércitos, te arrojará del trono, humillará á tu Francia, desmembrará su territorio, será en suma, el instrumento de la Providencia para castigarte y hacerte expiar tus sacrilegios. Es tarde: ya firmaste tu propia sentencia. ¡Ay de tí! que caerás en el abismo que tú propio has cavado para otros.

Los azares de la guerra dejaron una parte de los Estados Pontificios desguarnecida, y la Revolución, al mismo tiempo que destronaba á varios príncipes, encendía en aquellas provincias el fuego de la Rebelion. *Céde*, empezaron á gritar á Pio IX, *céde esa pequeña porcion de territorio: conservarás el resto y te harás immortal*. ¡Hipócritas! Habian decretado el sacrificio, y solicitaban la cooperacion de la víctima: habian resuelto el total despojo, y aparentaban pedir una transaccion: sabian que el Pontífice habia jurado defender á toda costa los derechos suyos y de la Iglesia, y osaban exigirle que violase sus juramentos. *Non possumus*, respondió resueltamente Pio IX, y este *non possumus*, que algunos pudieron entónces condenar en lo humano, los acontecimientos han venido á probar que fué no solo una emanacion del deber, sino un acto de profunda política. Decid, decid los que citábais en vuestro candor el tratado de Tolentino, y juzgábais que con desprenderse de las *Legaciones* conservaría el resto de su Estado, decid, ¿habrian salido exactos vuestros pronósticos? ¿no dirias ahora de Pio IX, lo que la historia afirma de otros muchos soberanos: *no supo ni caer?*

*Non possumus*, repitió el gran Pio, y organizando á toda prisa un ejército pequeño sí, pero más numeroso que nunca, se preparó á defender sus Dominios contra la invasion Piamontesa. Era tiempo, en verdad. Impulsado por Napoleon III, marchaba ya sacrilego gefe al frente de numerosísimas huestes, y con rapidez increíble y diabólico arrojaban una tras otra las plazas fuertes y ciudades de la Iglesia. Pero no impunemente. No hubo, es cierto, cual no pocos deseábamos, una Zaragoza en las riberas del Tíber, que sirviera de escarmiento y memoria á los descreídos invasores; pero hubo en cambio un Castelfidardo, un desastre de Castelfidardo más glorioso que una victoria.

No es este el momento de mostraros la aureola que circunda á los heróicos vencidos: uno contra cinco peleaban los Pontificios; un ejér-

cito nuevo, con escasos elementos, y si bien con dos valientes gefes á la cabeza, formado de hombres que dejaban en ese instante su dorado palacio, ó el tranquilo seminario para empuñar por primera vez las no probadas armas, se hallaba frente á frente de legiones veteranas, agueridas, provistas de todo y seguras de una fácil victoria. ¿De quién es el honor, de quién la gloria, de quién el verdadero triunfo, el triunfo moral? Sobre los cadáveres de esa brillante juventud, en cuyas filas se hallaba representado todo el Orbe Católico, y daban con su sola presencia una prueba patente del amor universal á Pio IX; sobre esos cadáveres de mártires pasaron las huestes del Piamonte á ocupar todos los Estados de la Iglesia, exceptuando tan solo la pequeña provincia llamada Patrimonio de San Pedro. *Céde*, clamaron de nuevo al Pontífice, y *Non possumus* fué su única respuesta. *Céde*, gritó más tarde Garibaldi, invadiendo el territorio que aún quedaba á Pio IX, y el *Non possumus* del inquebrantable Papa-Rey, fué esta vez imponente, terrífico, acompañado de la victoria.

No era ya el pequeño ejército Pontificio el de Castelfidardo y Ancona. Con elementos de guerra, con disciplina, con armas competentes, estaba preparado para el combate, y era capaz de resistir á una invasion. Cuando la hora llegó, no se contentó con aguardar al enemigo dentro los muros de Roma, sino que salió á su encuentro, y vencéndolo, en la inolvidable Mentana, conservó por más años á Pio IX la soberanía temporal.

## VII

El tiempo vuela, Señores, y sin poderlo evitar me he lanzado en un piélago sin límites, cual es la enumeración, que no historia, de los principales actos de Pio IX. No os pese seguirme en la difícil, pero dulce travesía que abreviaré cuanto lo permita el asunto. ¡Cómo no llamar, empero, vuestra atención á esas numerosas reuniones de obispos y clero, de fieles y aún heterodoxos, que con tanto brillo y tanta frecuencia circundaron al gran Pontífice. Nunca mejor que ahora pudieron aplicarse á la Ciudad Eterna y á su Soberano los armónicos versos de Prudencio:

“Quidquid non possidet armis  
Religione tenet.”

La suerte le ha sido adversa en los campos de batalla; su principado temporal se reduce á su capital y una que otra provincia; sus rentas no bastarían á cubrir ni los gastos más indispensables; pero en cambio la voz del Pontífice nunca ha sido escuchada con mayor acatamiento en todos los ángulos de la tierra. Habla, y el óbolo ofrecido á Pedro afluye en tal cantidad, que llena las arcas con desconocida abundancia. Habla, y acude á alistarse á su ejército la flor de la juventud de Europa y del Mundo. Habla, y obedientes y dóciles, cual ovejas, abandonan sus rebaños los Pastores, y vienen á congregarse en torno del Supremo Jerarca.

La vez primera que, despues de la declaracion dogmática de la Concepcion de María, se reunieron en derredor de Pio IX los Pontífices del Orbe Católico, debe quedar impresa en la memoria de los mexicanos. Fué cuando con solemne rito se decretaron los supremos honores de Santo, al primero de los hijos de México, que dió su sangre por la Fé, al mártir del Japon Felipe de Jesus. Admirad los ocultos designios de la Providencia. Hasta entónces solo los obispos de Italia acostumbraban

concurrir á las canonizaciones de los bienaventurados; á las beatificaciones de los siervos de Dios. Impedidos esta vez por tiránicos decretos, piensa Pio IX en dirigir su llamamiento mas allá de los Alpes, y tal es la voz del venerando anciano, que se escucha del otro lado del mar, y acuden, no solo de Europa, sino de muchas partes de América, y de Asia multitud de Pastores. Francia manda muchos de los suyos, Inglaterra casi todos, España muchísimos, y México, altamente interesado en el apoteosis del mayor de sus héroes, ve tambien asistir á seis de sus Prelados, desterrados muy á tiempo de nuestro territorio.

Llega el aniversario secular del martirio del glorioso San Pedro. Vuelve á clamar Pio IX, y vuelven á reunirse en mayor número aún en derredor de la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Entónces, ántes de darles el abrazo de despedida, manifiesta el intento de congregarlos de nuevo, ya no para una fiesta religiosa, ya no para una pasajera asamblea, sino para consultarlos como jueces de la Fé, y tenerlos por meses, y quizá por años, coadunados en permanente Senado. ¡Un Concilio en el Siglo XIX! ¡Un Concilio en Roma cuando el enemigo se halla casi á sus puertas, cuando ya no hay Príncipes Católicos que custodien, cual en otro tiempo, el Aula Sacrosanta! Extraña era la idea cuanto grandiosa. Solo cabia en el ánimo del gran Pio IX tamaña iniciativa; y, á despecho de contrarios augurios y desfavorables pronósticos, no tardó mucho en convocarse y en abrirse el Sínodo Vaticano.

¡Época inolvidable del décimonono concilio universal! ¿Quién habrá que no te recuerde alborozado? ¿Quién habrá que al recordarla no suspire por la vuelta de aquellos dias de imperecedera remembranza? Ya en su vida privada en el fondo de alojamientos más ó menos modestos; ya en sus estudios particulares, rodeados cada uno de su pléyade de canonistas y teólogos; ya en sus reuniones parciales, discutiendo amigable y caritativamente; ya en las congregaciones generales arrojando torrentes de luz de sus inspirados labios; ya en las procesiones públicas implorando el auxilio divino; ya bajo las bóvedas de San Pedro celebrando con solemnidad inaudita las principales festividades; ya en el aula conciliar prestando humildes su profesion de Fé ante el Pastor de los Pastores; los ochocientos obispos de todas lenguas y naciones congregados en Roma, atraían las miradas, y excitaban la admiracion de propios y extraños, de católicos y heterodoxos. Entre todos descollaba gigantesca la augusta figura de Pio IX. Cuando en medio del espeso bosque de cándidas mitras, frente á la inmensa muchedumbre de



pueblo devoto, á la luz del relámpago y al fragor del trueno que hacia retemblar las inmensas bóvedas de la Vaticana Basilica, definió la mañana del 17 de Junio de 1870, el dogma venerado de la Infalibilidad Pontificia; quien tuvo la dicha de presenciar este acto, único en la historia de los siglos, se sentia trasportado á otras regiones y á otra vida; era la figura más perfecta del Reino de los Cielos y del trono del Omnipotente.

¿Cómo daros una idea, aunque ligera, de aquel espectáculo divino? El inspirado autor del Eclesiástico, al recordar al Sumo Sacerdote Simon, hijo de Onías, sacrificando solemnemente en el templo de Jerusalem, se sirve de enérgicas comparaciones, que como dictadas por el divino Espíritu, es lo más sublime á que el lenguaje humano puede aspirar. Yo las repetiré, aunque sin profanacion ni temor de equivocarme puedo aseguraros que son aún pálidas frente al sobrehumano original.

¿Visteis la brillante estrella matutina, que á través de la espesa niebla que ha cubierto la noche, se abre camino con sus rayos lucientes y alegre al perdido viajero? ¿Habeis gozado á la orilla de lago argentino, de la luz apacible y deliciosa que sobre las aguas y la tierra, sobre los montes y los prados, esparcia en lo alto del firmamento, ofuscando aún á las mayores estrellas que bordaban el manto de la noche, la hermosa y dulcísima luna, llegada á su pleno crecimiento, y ántes de empezar los días de su mengua? ¿Os ha alumbrado alguna vez en la regiones de los trópicos el sol refulgente, reinando absoluto sobre un cielo de límpido azul y fecundando el mundo con su fuego benéfico? Pues así brillaba Pio IX, así alegraba al mundo, así vivificaba todo al definir en el Augusto Concilio. *Quasi stella matutina in medio nebulae, et quasi luna plena in diebus suis lucet; et quasi sol refulgens, sic ille refulsit in templo Dei.* (Ecc. L., 6 seq.) No es tan majestuoso el arco iris cuando extiende entre las nubes su cauda de variados matices; no es tan bella la reina de las flores cuando luce sus galas al despuntar la primavera; no es tan encantador el cándido lirio, cuyo tallo vienen á lamer las aguas del límpido arroyuelo, ni tan grato el perfume del incienso de la Arabia, que en los dias de verano se levanta en columnas espirales esparciendo por todos lados su dulce fragancia. *Quasi arcus rufulgens inter nebulas gloriae, et quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quae sunt in transitu aquae, et quasi thus redolens in diebus aestatis.* Cual la oliva fecunda que se eleva rodeada de innumerables pimpollos,

como el alto ciprés, que parece tocar al cielo con su arrogante cúspide, como el cedro gigantesco en las cumbres de Líbano, así cubierto aparecia con sus ricas vestiduras, con la tiara en las sienas, y haciendo resonar sobre el trono de oro su voz soberana. Toda grandeza desaparecia en su presencia: sus augustos hermanos en el episcopado, á pesar de la gloria que á cada uno rodeaba, no parecian en derredor del Pastor Supremo, sino pequeños ramos de humilde palmera. *Quasi olliva pullulans, et cypressus in altitudinem se extollens . . . . Et circa illum corona fratrum: quasi plantatio cedri in monte Libano: sic circa illum steterunt quasi rami palmae, et omnes filii Aaron in gloria sua.*

¿Qué dicha mayor que pertenecer á la Iglesia Católica, que con una regla de Fé siempre segura, y un intérprete viviente de los divinos oráculos, no puede permitirnos que errémos descarriados? Felices los que obedecemos á aquel, que en su predecesor Pedro, fué constituido piedra y fundamento de la verdad. Dichosos los que en nuestras dudas podemos recurrir á aquel á quien mandó el Señor confirmar aún á sus hermanos vacilantes: *confirma fratres tuos.* ¿Qué seria de nosotros si pudiera inducirnos en error? ¿Adónde iríamos á parar, si cuando desde su cátedra de verdad nos enseña lo que debemos creer, y nos manda bajo pena de anatema prestarle nuestro asentimiento, pudiéramos responderle: *te engañas?* ¡Cuántas dificultades y cuántos absurdos no se seguirian, si para enseñar el Gefe Supremo de la Iglesia, tuviera ántes que consultar á la misma Iglesia!

Hé aquí por qué Pio IX, inspirado por Dios, en vista de los tiempos difíciles que estaban para llegar; incitado por casi todos los Obispos reunidos, y por multitud del clero y del pueblo del mundo entero, dictó esta inolvidable sentencia: "Nós, adhiriéndonos fielmente á la tradicion que se remonta al principio de la fé cristiana, para gloria de Dios, Salvador nuestro, exaltacion de la Religion Católica y salvacion de los pueblos Cristianos, enseñamos y definimos, *sacro approbante Concilio*, que es un dogma divinamente revelado: Que el Romano Pontífice, cuando habla *ex-cathedra*, es decir, cuando desempeñando el cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la Fé ó las costumbres deba ser profesada por la Iglesia universal, goza plenamente, por la divina asistencia que le está prometida en la persona del Bienaventurado Pedro, de aquella infalibilidad de que el divino Redentor ha querido que su Iglesia estuviese provista, al definir su doctrina to-

cante á la Fé y á las costumbres; y por consiguiente que las tales definiciones del Pontífice romano, son por sí mismas irreformables, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia. Si pues alguno, lo que Dios no consienta, tuviese la temeridad de contradecir esta nuestra definicion, sea anatematizado."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### VIII

Apénas consolidado el poder espiritual del Romano Pontífice con la declaracion de la infalibilidad, cayó por completo su dominio temporal. Si hay entre vosotros quien haya sufrido la amargura del vencimiento, quien haya emprendido una lucha en que sabia que no iba á triunfar, quien haya sentido sobre sus hombros el peso de la responsabilidad que ante Dios y ante la historia trae la pérdida de un poder que hemos recibido y no nos es dado conservar, se formará tal vez una idea, pero muy imperfecta y ligera, de la pena inconmensurable de Pio IX el nefasto 20 de Setiembre de 1870. Muy imperfecta sí; ¿por- que á quién será dado penetrar en el ánimo del Vicario de Cristo, y sondear la profundidad de su dolor, al ver conculcados los Derechos más santos, violados los principios más sagrados de la justicia, ultrajada en su persona la Esposa del Cordero? Las Puertas del Infierno estaban muy léjos de haber prevalecido; pero habian obtenido un triunfo, momentáneo si se le compara con la duracion del Mundo, largo, si consideramos las muchas almas que esta victoria, aunque efimera, habia de perder. Terrible era la pérdida material; pero desaparecia al colocarla junto á las pérdidas morales. Los sepulcros de los mártires iban á ser sacrilegamente violados; las incúas leyes y sistemática persecucion de que hasta ahora habia escapado la Ciudad Santa, iban á ensañarse contra los Cristianos en el Centro mismo del Catolicismo, y bien conocido es el axioma médico: cuando padece la cabeza, el dolor y la enfermedad se extienden á todos los miembros del cuerpo.

¡Oh día mil veces infausto! Aun me parece ver las numerosas huestes piamontesas ir avanzando contra nuestras reducidas legiones, y lanzar de súbito su mortífero fuego contra las débiles murallas. ¿De qué servia el valor, de qué el denuedo, de qué el desprecio de la muerte que á todos alentaba? La victoria era imposible, y la sangre de los de-

fensores del Papa-Rey era la última protesta de Pio IX ante la historia y ante Dios.

Cae derribado el muro; se suspende la defensa por orden del manso Pontífice, y caemos en poder del sacrílego vencedor. ¡Oh quién me diera la inspiración de Jeremías para describir, cual es debido, la amargura de aquellos instantes. La muerte era preferible á aquellas horas de inexplicable desaliento; y si una queja hubieran podido exhalar nuestros labios, habríamos maldecido la blanca bandera de parlamento que nos sustraía al fuego enemigo, mientras la diplomacia nos entregaba á las victoriosas huestes de Víctor-Manuel.

Un soberano vencido, ó es rey ó es prisionero en sus dominios; por más esfuerzos que se hagan, por más falacias que se inventen, es imposible, aunque á los que vivís en repúblicas se os dificulte comprenderlo, es imposible que se le vea vivir en sus dominios cual simple ciudadano. Pio IX se declaró prisionero, y prisionero permaneció más de siete años en su Palacio. Se le ofrecieron honores, y los rehusó; se le brindó con dinero, prefirió quedar atendido á las limosnas de los fieles. *Non possumus* había dicho cuando aún ceñía la triple corona: *non possumus* repetía ahora que se hallaba para siempre *sub hostile dominatione constitutus*.

¡Cuántos monarcas ha visto caer el Siglo XIX! Abrid la historia contemporánea y decidme, quién ha caído con más gloria, quién ha defendido mejor sus Estados, quién se ha mostrado más grande al perder sus dominios. Napoleones I y III, Carlos X, Luis Felipe, Monarcas de Austria y de Piamonte que abdicásteis hace treinta años; Soberanos de Italia, destronados recientemente, Príncipes de Alemania sacrificados á Prusia, Isabel, Amadeo, Maximiliano, cuán pequeños pareceis junto á Pio IX!

Observad, Señores, cuán admirablemente condujo la retirada, disputando palmo á palmo el terreno, y haciendo esfuerzos inauditos, que aquí no me es dado enumerar. Observad su entereza al caer en poder de sus enemigos. No lo desalienta el vencimiento, no lo agobia la edad, no lo rinde la poca esperanza de recobrar en vida lo que acaba de perder. Puesta en Dios la confianza, y sabiendo que es tan soberano en la prision como en el trono, y que aunque encadenado, es el primero entre los reyes de la tierra, habla con el valor y la firmeza de sus primeros días; y al Prusiano, ufano con su inmenso poder, y al Piamontés que lo tiene aherrojado, y al Moscovita, enorgullecido con sus recién-

tes victorias, se opone valerosamente, les echa en cara su injusticia, arroja de su presencia á sus embajadores.

En la prision del gran Pio IX, fué donde me cupo la dicha de ser ungido por sus augustas manos los primeros días despues de nuestro desastre. ¡Oh! si el que ama á una hermosura terrena, repite á cada instante, al morir el objeto de sus afectos: aquí me senté á sus piés, aquí bebí en su copa, aquí me coronó de rosas, no creáis vanagloria, el que yo os diga suspirando: allí me impuso esa mitra que veis sobre el túmulo; allí me entregó el báculo que he puesto sobre el catafalco; allí me dieron sus manos la cruz que hoy brilla sobre mi pecho. ¡Ah! yo amé á Pio IX, yo amé al gran Pontífice que admiraba el mundo, y que se habia dignado poner los ojos en su humilde siervo; yo lo amé, y uno de los días más gratos de mi vida, es aquel que en su prision dorada, inauguró mi amarga carrera episcopal. Ofrecí ese día el sacrificio en el mismo altar que Pio IX, uní mi voz á la suya, cuando consagramos el mismo pan y el vino, y bebí del mismo cáliz que el gran Pontífice. *Oh dulces exuviae* (diré si me es lícito evocar un recuerdo profano), *dulces exuviae dum fata deusque sinebat*: oh mitra, oh cruz, oh báculo sagrado, prendas dulcísimas y recuerdos imperecederos del Pontífice que me ungió; mientras él vivió vuestro peso me pareció llevadero; mientras él vivió él me animó con la palabra y el ejemplo, á llevaros constante y sin desmayar. Cuando queria trocar la mitra por la cogulla, él me enseñaba su tiara de abrojos; cuando pensaba hacer pedazos mi cayado, él me hacia ver de lejos el Rebaño universal á su ancianidad cometido; cuando caía abrumado bajo el peso de mi cruz, me hacia sentir el de la suya que llevaba sin doblegarse. ¡Oh prendas en otro tiempo dulces y queridas! *Dulces exuviae*. ¿Tendré ya valor para seguirlos soportando? ¿No me será lícito rogar á la Providencia que me sepulte con vosotras, en la misma tumba que acaba de acoger al que os confió á mi cuidado? *Accipite hanc animam, meque his exsoluite curis*.

¡Ah no! ¿Quién osa proferir palabras de desaliento, junto á la tumba del que hace siete años precisos me decia al imponerme el cándido roquete, símbolo de la jurisdicción episcopal: Vá, corre á regar la tierra de Moctezuma con el rocío de la buena doctrina, con tus sudores pastorales, y, si preciso fuere con tu sangre? Y nadie mejor que Pio IX podia proferir tan difíciles exhortaciones. No fué como el agricultor que planta los árboles y no alcanza á ver el fruto de sus fatigas. Muy pocos

meses le faltaban para cumplir su lustro decimosétimo,\* cuando ha bajado al sepulcro. Ninguno de los 261 Pontífices, que sucedieron al Pescador de Galilea, había alcanzado á reinar los veinticinco años que Pedro tuvo su silla en Roma, y el conocido pronóstico *non videbis dies Petri*, se tenia ya por axioma inconcuso. Pio IX vió esos dias de Pedro, al parecer fuera del alcance de sus sucesores, los vió y los superó, muriendo en el año 32.<sup>o</sup> de su Pontificado; cincuenta y nueve años ofreció como sacerdote el Santo Sacrificio, y no pasó á mejor vida, sin haber cumplido média centuria, desde que fué consagrado Obispo.

¿Quién ha sufrido más alternativas que Pio IX en su largo reinado? Si del primer Napoleon cantaba admirado el Poeta, que tres veces lo había visto su musa hundido en el polvo, y tres adorado en el altar, ¿qué dirémos nosotros de los triunfos y caidas, de las victorias y desastres, de los consuelos y amarguras del magnánimo Pio? Pero siempre igual, siempre imperturbable, prosiguió hasta lo último su peregrinacion sobre la tierra, cumpliendo hasta el dia postrero sus altísimos deberes, y ejercitando en su vida pública y privada, los actos de las más sublimes virtudes. De él no fué nunca cierto el proverbio vulgar, que ningun hombre parece grande á los que de cerca lo tratan. Juan Mastai y el Arzobispo de Spoleto, el Cardenal Obispo de Imola y el Papa Pio IX pudieron siempre contemplarse de cerca y de léjos como dechado de pureza y de santidad.

Ya desapareció esa gigantesca figura. Ya no oírémolos esos sublimes discursos que diariamente dirigia á cuantos á él se acercaban, tan llenos de elocuencia, de unción, de encantadora sencillez. Ya no experimentarémolos esos rasgos de munificencia y liberalidad, que produjeron el nunca visto fenómeno de que más daba miéntras más lo despojaban. Ya no recibiremos de su mano esas tiernas bendiciones á que en tantos años nos habíamos habituado.

¡Oh Dios! Acoge en tu seno al gran Pontífice que tanto miró por tu gloria, que tanto hizo por la honra de tu Iglesia. Considera ¡oh Señor! el grave peso que le impusiste sobre los hombros, y que tantos años le obligaste á llevar. Si á pesar de tus extraordinarios auxilios la inmensa

\* Vaticano, 30 de Octubre de 1877.

Tengo el placer de aseguraros, que el Santo Padre Pio IX, nació verdaderamente el 13 de Mayo de 1792, como afirmáis.

De vd. su affmo. S. S.

Machi, maestro de Cámara de S. S.

mole de nuestros pecados lo hizo alguna vez doblegarse, si el polvo de este ingrato mundo de que ha tenido que rendirte cuentas, oh Juez soberano, alguna vez manchó su cándida estola, con lunar en otro ménos puro no perceptible, oye, Señor, los ruegos que de todos los ámbitos del globo suben hácia tu trono por quien fué de Ti y de nosotros tan amado, que grande en tu presencia, lo es en la nuestra, y lo será en la de todas las generaciones.

Escúchanos, Señor, con oído benigno, y dignate llevarlo sin tardanza al trono de gloria que le tienes destinado desde el principio.

002554



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

